



H. VERNET, l'inx.

JAZET, Sculp.

D. PABLO MORILLO, CONDE DE CARTAGENA
TENIENTE GENERAL DEL EJÉRCITO ESPAÑOL

VIII

EL TENIENTE GENERAL D. PABLO MORILLO,

PRIMER CONDE DE CARTAGENA Y MARQUÉS DE LA PUERTA

Un tiempo España fué,
Cien héroes fueron...

En víspera de la celebración del primer Centenario de la gloriosa guerra de la Independencia, nada me ha parecido más propio y pertinente que ofrecer á la Academia, siquiera sea en breve suma, las primicias de un estudio biográfico, en que me vengo ocupando hace tiempo, relativo á un personaje de aquella época, tan heroico como obscurecido y tan olvidado como digno de memoria. No desempeñó en la inmortal epopeya un primer papel, aunque sí en otra no menos importante; no fué en aquélla un estrella de primer orden, pero sí el prototipo del militar pundonoroso, esforzado y amante de su patria hasta derramar por ella su sangre una y muchas veces, y exponer su vida multitud de ellas en los mayores y más inminentes peligros.

Me refiero al insigne caudillo y ferviente patriota D. Pablo Morillo, que á fuerza de triunfos militares y de sangrientos combates, habiendo empezado su carrera de soldado la acabó de Teniente general con los títulos de Conde de Cartagena de Indias y de Marqués de la Puerta, como vencedor en éste y en el nuevo continente en tantas y tantas acciones de guerra.

En tres partes puede dividirse la vida de Morillo: la primera, desde su nacimiento hasta la conclusión de la guerra de la Independencia; la segunda comprende los seis años que pasó en la América española como General en jefe del Ejército expedicio-

nario á Costafirme, ó sea desde principios de 1815 á fines de 1820; la tercera, en fin, desde su regreso á España hasta su muerte, ocurrida en 1837, en cuyo transcurso de tiempo desempeñó en aquel exaltado y febril período político las Capitanías generales de Castilla la Nueva y de Galicia.

Siendo tan fecunda en hechos militares y políticos la vida del general Morillo, sólo daré aquí á conocer la parte relativa á la guerra de la Independencia, así por ser la base de su carrera, como principalmente por ser la que en estos momentos ofrece mayor oportunidad.

En humilde cuna nació nuestro protagonista en el lugar de Fuentesecas, perteneciente á la jurisdicción de la ciudad de Toro, y distante de ella tres leguas, el 5 de Mayo de 1778, siendo bautizado el 7 del mismo mes en la iglesia parroquial de San Esteban. Fué hijo legítimo de D. Lorenzo y de doña María Morillo, aquél natural del referido lugar de Fuentesecas, y ésta de otro llamado Malva, de la misma jurisdicción, situado á igual distancia de la capital que el primero, y procedentes ambos de honrada familia de labradores.

No contaba aun trece años, cuando saliendo una noche tocando y cantando con otros mozos y muchachos del pueblo, como vieses éstos que se dirigía hacia ellos un grupo de gente, creyendo, según se disponía, que se acercaba para impedirles la diversión ó causarles algún daño, le hicieron frente disparando contra él algunas piedras. Mas como del grupo que se iba aproximando saliese una voz diciendo: «La Justicia», aturdidos huyeron. El temor del castigo por un hecho que podía atribuirse á insulto y resistencia á la autoridad, y el deseo de evitar la justa cólera y el enojo de sus padres, obligaron á Pablo á huir á Toro y sentar plaza de soldado en 19 de Marzo de 1791 en una bandera del Real Cuerpo de Marina que allí se estaba formando. Destinado al departamento del Ferrol, bien pronto empezó á dar muestras del valor que en su pecho ardía, y á pagar con su sangre el aprendizaje de las armas; pues apenas había cumplido quince años, cuando se halló en los primeros días de Mayo del 93 en el desembarco de la isla de San Pedro en Cerdeña y después en el

sitio de Tolón, donde tomó parte en siete acciones hasta su abandono, saliendo herido.

Pasando luego á Cataluña, concurrió á la acción del 13 de Agosto del 94 en las alturas de Cullera, y se halló en el sitio del castillo de la Trinidad en Rosas, durante el cual hizo dos salidas en guerrilla, y se embarcó en la lancha núm. 2, sufriendo en ella varios días el fuego de los enemigos. Posteriormente fué hecho prisionero á bordo del navío *San Isidro* en el ataque naval de 14 de Febrero de 1797. Hallándose de nuevo en libertad poco después, estuvo asimismo en el bombardeo de Cádiz por los ingleses y asistió á las acciones de 5 y 7 de Julio del mismo año.

Todos estos méritos y servicios que en el ejército de tierra hubieran allanado al joven Pablo el camino á las clases superiores de la milicia, abierto siempre á las virtudes y á los talentos militares, no pudieron ni podían tener en la Marina más recompensa que la del ascenso de cabo, que era, á sargento segundo, que obtuvo en 1.º de Octubre de 1797, por cuanto siendo aquel Cuerpo facultativo, excluía de la clase de oficiales á todos los que no hubiesen entrado á servir de Guardias marinas y hecho sus estudios en los colegios de los Departamentos.

En esta clase de sargento concurrió al glorioso combate naval de 21 de Octubre de 1805 sobre el cabo de Trafalgar, á bordo del navío *San Ildefonso*, donde fué herido y hecho prisionero.

¡Diez y siete años permaneció en este estado de nulidad, obscurecido entre las clases inferiores de la milicia, el hombre llamado por sus eminentes prendas y cualidades á dar muchos días de gloria y esplendor á su patria! Tan cierto es que los talentos necesitan la reunión de varias y determinadas circunstancias para desarrollarse, bien así como las semillas de los vegetales para desenvolver el germen del fruto que en su seno encierran.

La gloriosa guerra de la Independencia, que la invasión de Napoleón encendió en la Península en Mayo de 1808, presentó á todos los españoles con la ocasión favorable de acreditar su patriotismo, el teatro á propósito y los medios oportunos para desplegar su valor y sus aptitudes. Colocado Morillo en este me-

dio ambiente y en tan favorables circunstancias, no fué seguramente de los más perezosos y tardíos en acudir al combate; antes por el contrario, lo hizo con tal presteza, que promovido ya en 2 de Junio de 1808 á subteniente del regimiento de infantería *Voluntarios de Llerena*, entonces creado, concurrió en 19 de Julio inmediato á la memorable batalla y nunca bien ponderada victoria de Bailén, tan fecunda en prósperos y trascendentales resultados. Allí de tal suerte llamó con su esfuerzo y bizarría la atención del General en jefe, Castaños, que desde entonces fué su constante protector y hechura.

Pasando Morillo poco tiempo después á Extremadura, se halló en el sitio y rendición de la plaza de Yelves mandando una guerrilla, con la cual sostuvo dos acciones, mostrando en una y otra gran valor y esfuerzo. Corrió de aquí al pueblo de Almáraz, en donde con doscientos hombres que tenía á sus órdenes, batió en 18 de Diciembre á ciento cincuenta caballos enemigos, matándoles tres é hiriendo nueve; y atacado por ellos, yendo en retirada hasta el puente del mismo nombre, se hizo fuerte en él y consiguió rechazarlos. Destinado con esta misma fuerza en 22 de dicho mes al puente del Conde y acometido allí por tropas superiores, las repelió por tres veces, causándoles mucha pérdida.

Repetidas veces desde el principio de la campaña solicitó siempre los puestos más avanzados para poder llegar á las manos con los enemigos. Accediendo sus Jefes á sus deseos se halló en la rendición de la escuadra francesa en Cádiz, donde sin corresponderle pidió voluntariamente situarse en lo más inmediato de los fuegos, teniendo la honra de que se lo concediesen. Mandando asimismo en el sitio de Yelves una partida de descubierta, tomó á los enemigos varios bagajes con municiones de boca y guerra. Con la partida de su mando, recogió entre Madrid y Somosierra más de trescientos soldados dispersos y desertores. Tuvo la importante comisión por el general Vázquez Somoza de salir disfrazado á observar los movimientos de los enemigos, verificándolo hasta tres veces, metiéndose y hablando con ellos, ganando con este motivo esenciales conocimientos y noticias, de que dió

relación circunstanciada al General en jefe de aquel ejército. Sería interminable la relación de los valerosos actos que llevó á cabo, ya aisladamente, ya con su partida en este tiempo.

Fueron recompensados estos servicios con el ascenso inmediato á teniente, que se le concedió en 20 de Diciembre; y habiendo reunido veinticinco paisanos, y de ellos sólo diez y nueve armados, acometió en 4 de Enero del siguiente año de 1809 en las inmediaciones de la Calzada de Oropesa á treinta y siete infantes enemigos, matándoles cinco y haciéndoles prisioneros los restantes, á excepción de tres que lograron fugarse.

Ocurrió en este tiempo un acalorado motín en el ejército de Extremadura, llegando algunos soldados á asesinar al general San Juan. «El abanderado de uno de los Cuerpos formados en Andalucía, D. Pablo Morillo, sargento antes de nuestra Marina y General después de los más beneméritos y distinguidos, haciendo un llamamiento al honor militar y despertando el instinto de la propia salvación en los amotinados, consiguió que se reunieran, y ayudado por Calvo y el Ministro de Gracia y Justicia..... devolvió la confianza á las tropas y la autoridad á los oficiales» (1).

No podían estar ocultas por mucho tiempo las grandes disposiciones y cualidades militares de Morillo y mucho menos á la penetración del vencedor de Bailén, cuya vista perspicaz no parece sino que á la simple mirada de un sujeto descubría todo su intento; y cuyo tacto y pulso para los negocios no perdonaba nunca la más mínima ocasión de sacar partido no sólo de las disposiciones y talentos, sino hasta de las flaquezas, de que ningún hombre se halla exento. Así fué, que habiéndole escrito el señor Saavedra, ministro á la sazón, que la Junta central necesitaba de una persona á propósito para enviarla á Galicia á propagar la alarma, designóle á Morillo, el cual, promovido á este efecto al grado de capitán del regimiento de *Voluntarios de España* en 22 de Enero de 1809, y nombrado en 18 de Febrero para llenar aquella misión, partió para Galicia inmediatamente.

(1) Arteche, *Guerra de la Independencia*.

«La presencia del Marqués de la Romana en Galicia contribuyó en gran parte á reanimar el espíritu de los gallegos del Miño, cuando al volver las tropas de Oporto se formó el ejército de la izquierda..... A los pocos días, todo el país estaba en armas..... Soult entró en la capital de Galicia el 20, proclamando á José Bonaparte por Rey, y exigiendo el juramento de fidelidad á los coruñeses. Ferrol y Vigo, únicas plazas fuertes de Galicia, hubieron de capitular igualmente. Pero el hijo del campo hizo lo que no podía hacer el hijo de las ciudades. Organizáronse las partidas de guerrilleros, y por iniciativa de sus leales afiliados se emprendió la conquista de Galicia en sentido inverso de su pasajera rendición, es decir, de Sur á Norte..... Los socorros de la Central en tan críticas circunstancias, consistían en un improvisado coronel, un canónigo, un oficial subalterno y 5.000 rs., sin otras armas, municiones ni pertrechos que los que la providencia le proporcionase.

»Es verdad que el canónigo era un D. Manuel de Acuña y Malvar, persona de gran crédito en Galicia y que había logrado inspirar mucha confianza á los señores de la Central; verdad también que el subalterno era nada menos que D. Pablo Morillo, cuya fama de valor tan acreditada en Talavera y Puente del Conde, le hacía considerar como hombre muy propio para comisiones de aquella clase; y por fin, que si el Sr. Barrio llevaba tan solo 5.000 rs., conducía otros tantos Morillo para gastos de viaje, por supuesto, y la orden de que se les entregase lo necesario por Romana y un Sr. Delgado, que recogería en Lisboa fondos de nuestro Gobierno.....» (1).

Poco después se revocó esta orden, haciendo marchar, pero ya tarde, al Cuartel general de Romana al citado coronel, al Sr. Acuña y á D. Pablo Morillo, que, provistos de dinero en Oporto, hubieran podido llenar su cometido con algún mayor éxito de haber llegado con oportunidad á su destino. Al no hacerlo, debió el Marqués recibir á los comisionados con algún desabrimiento no esperando por lo visto nada ya de tal refuerzo, y hu-

(1) Arteche. Ibid.

bieron ellos, Acuña y Morillo, principalmente, de entregarse á una peregrinación arriesgadísima, verdadera odisea. Sabiendo que el Conde de Maceda había dirigido un barco á Viana con personas que debían conferenciar con el Marqués de la Romana, se fueron á aquel puerto, donde sólo consiguieron hacerse sospechosos á los portugueses, que los tomaron por espías. Presos dos veces como tales, creyó el Gobernador salvarlos haciéndolos conducir á Braga á disposición del general Freire. «Yo, dice el Sr. Acuña, aunque á la fuerza, me hube de conformar con esta determinación; pero Morillo montó en tanta cólera, que, desenvainando su sable delante del Gobernador y del pueblo, dixo estaba pronto á morir antes que permitir le llevasen preso á Braga. En mi vida espero ver hombre más determinado ni más lleno de corage. Nosotros les habíamos dicho que nos asegurasen en el castillo mientras no se desengañaban de quiénes éramos; y Morillo añadía que los cuarenta ordenanzas (que debían escoltarlos) no servían más que para alborotar los pueblos del tránsito, siendo el resultado quitarnos la vida antes de llegar á Braga; y así, concluía, que si había de perder la vida tan infamemente, quería perderla allí». El Gobernador los dirigió al general Botelho, que, asesorado debidamente, les dió pasaporte para España, presentándose inmediatamente los dos al abad de Villar y á Couto.

En Lama de Arcos, el 1.º de Marzo, llegaron al Marqués de la Romana los refuerzos antes referidos: el coronel García del Barrio, el alférez Morillo y el canónigo Acuña con sus diez mil reales, mermados, naturalmente, en un viaje tan largo como de Sevilla á Galicia.

El 21 de Marzo llegaron Acuña y Morillo al campo sitiador de Vigo, pensando asumir el mando de todas las fuerzas y la dirección del sitio. En el mismo día entraba ya Tenreiro en Vigo para intimar la rendición al Gobernador francés, sin conseguirlo. Pero entretanto Morillo, que era uno de los que se habían adelantado á Redondela y San Payo, se pone en relaciones con los capitanes González y Colombo, que con algunas fuerzas regulares operaban hacia Pontevedra; y una vez de acuerdo corren

los tres al arrabal de Vigo decididos á encargarse de la dirección del sitio, y recoger para sí los laureles de una victoria que ya consideraban como segura é inmediata. Y aquí se produce un nuevo conflicto entre los sitiadores, porque los recién llegados no sólo negaban su obediencia al abad de Couto, á Tenreiro y Almeida, que se tenían por directores y agentes de la restauración gallega, sino que pretendían tomar á su cuenta las negociaciones con el Gobernador de Vigo y proceder al asalto de la plaza, si llegaban aquéllas á fracasar, amenazando á los jefes españoles y al portugués con arresto y castigo ejemplar. Los ingleses se pusieron de parte del abad, reconociendo como único su Cuartel general, y así pudieron continuar las negociaciones tantas veces entabladas y otras tantas interrumpidas. Uno de los escrúpulos más graves que había asaltado al comandante francés de Vigo, era el de rendirse á gente colecticia como la que le tenía sitiado, no mandada por un jefe caracterizado con quien pudiera tratar decorosamente y según las reglas militares en tales casos. Y he aquí por dónde le vino la fortuna al después muy pronto general Morillo que, de alférez que era, fué aclamado por los gallegos coronel, á fin de ofrecer al Gobernador de Vigo salida, sólo en su concepto honrosa, para lo que él llamaba cubrir su responsabilidad. Había en el campo español oficiales del ejército mucho más graduados é infinitamente más antiguos en el servicio que D. Pablo Morillo; pero el carácter que había llevado de Comisario de la Central, con Acuña y Barrio, y la fama de sus proezas en Talavera y el puente del Conde, aquel mismo acto de orgullo militar que acababa de ejecutar en Viana, disfrazado y todo como iba, le habían conquistado las simpatías y admiración de aquellas gentes. No es esto decir que dejara Morillo de encontrar oposición para satisfacer sus ambiciones, pero las circunstancias de Morillo y el saberlas él aprovechar, le condujeron de repente á las más elevadas jerarquías de la milicia. «Morillo, escribe Toreno, ya por sus activas y acertadas disposiciones, ya por haber sido enviado de Sevilla, eleváronle los sitiadores á coronel, y reconociéronle como superior, á fin de que á vista de un militar cesasen los escrúpulos

y recelos del comandante francés.» «El que coge en tales épocas, dice sentenciosamente Schépeler, conserva lo que agarra: Morillo quedó hecho coronel y demostró después con sus servicios que aquella vez había la fortuna escogido bien.»

Pero oigamos al mismo Morillo referir lo ocurrido en el parte oficial que dió de la toma de Vigo, fechado en 3 de Abril de 1809:

«Señor: En consecuencia de lo que manifesté á V. M. con fecha de 19 de Marzo último, tengo el honor de noticiarle haber pasado á reconocer los cuatro mil paisanos que formaban el cerco y sitio de Vigo, al mando del mayorazgo de este reino don Joaquín Tenreiro y un oficial de infantería de Portugal, titulado General, y de varios curas párrocos con quienes, acordado lo conveniente á la más pronta rendición del enemigo, por avisos que tuve de hallarse en Pontevedra un refuerzo de 1.800 franceses con dirección á esta plaza, pasé sin perder momento al puente de San Payo, por reconocer aquel importante punto y ponerle en el mejor estado de defensa, como después de desvanecer algunas desavenencias lo hice, pidiendo á D. Juan Antonio Gago, vecino de Marín, que manda 500 paisanos, dos piezas de artillería de á ocho, y á la villa de Redondela tres cañones, uno de á 24 y dos de á 18, que se me facilitaron con la mayor prontitud, y con la misma se colocaron todos en las mejores posiciones al cuidado del alférez de navío D. Juan de Odogerti, á quien por estar mandando tres lanchas cañoneras, le encargué la defensa de dicho punto. Supe en esto que los enemigos habían retrocedido de Pontevedra, con cuya noticia, para estimular al paisanaje, me dirigí prontamente á aquella villa, donde ya encontré ejecutándolo, de orden del Excmo. Sr. Marqués de la Romana, al capitán de la columna de granaderos de Galicia, don Bernardo González, con 2.500 hombres, y al de la misma clase del batallón de la Victoria, D. Francisco Colombo, con 500.

Pero interesando más que todo la pronta conquista de Vigo, de común acuerdo pasamos con estas tropas á dar más fuerza y autoridad á las repetidas intimaciones hechas por D. Joaquín Tenreiro, que no admitía el enemigo por no tener orden para

entregarse á paisanos. Así que llegamos, al frente de las banderas se formó Consejo de guerra, que me nombró Comandante en jefe de todas las fuerzas é hizo tomar el título de Coronel, para con estos dictados causar más respetos al Comandante francés, siempre quejoso de que nunca se le presentaba á parlamentar oficial de graduación. Hícele con efecto, según regla, la intimación de rendirse en el preciso término de dos horas, como demuestra el adjunto papel núm. 1, á que contestó el enemigo pidiendo veinticuatro horas, por hallarse sus oficiales dispersos, según el núm. 2, solicitud que no admití, por creerlo ardid para ganar tiempo y recibir refuerzo; razón porque de palabra por el oficial portador le concedí dos horas más. Pero el enemigo insistió de nuevo en las veinticuatro, alegando necesitar este tiempo para formar los artículos de capitulación, núm. 3, á que no accediendo yo, convino el comandante francés comisionase oficial mío para pasar á extender dichas capitulaciones; para cuyo efecto nombré á los capitanes D. Francisco Colombo y D. Manuel Benedicto, por quienes, con tres oficiales suyos, me remitió las proposiciones contenidas en el núm. 4, que modifiqué por poco conformes al honor de la nación, según consta á su margen. Y deseando en todo el acierto, pasé con los tres oficiales franceses y los dos españoles á la fragata *Comandanta inglesa*, de las dos que se hallan en esta ría, para en unión de nuestros aliados tratar y acordar lo que más conviniese; y el resultado de esta conferencia fué conformarse los franceses con mis citadas respuestas. Les manifesté al mismo tiempo que si á la hora de su recibo no se ratificaban, rompería sin falta de nuevo las hostilidades, como se verificó á poco que se retardó el cumplimiento de lo estipulado, teniendo de antemano dispuesto el ataque, que empezó á las ocho y media de la noche con la mayor bizarria por tropas y paisanaje, que se disputaban la gloria de ser los primeros en el asalto. Duró el fuego por espacio de dos horas; y aunque recibí parte del capitán D. Francisco Miranda, que me aseguraba de la ratificación del enemigo, tuve mucho trabajo en contener el ardor de la gente empeñada en la acción; tanto que ya se hallaba mucha parte de ella en las puertas con hachas para

romperlas, mayormente en la de la Camboa, donde se admiró la valerosa serenidad de un anciano, que murió de un balazo, haciéndola astillas. El capitán D. Bernardo González, que sostenía el ataque con la fusilería, se arrojó él mismo á tomar el hacha del difunto, con la que continuó rompiendo la puerta, á pesar de haber recibido tres balazos en una pierna, y hubiera continuado si el cuarto no le imposibilitase. Dos de los suyos le sacaron con trabajo del sitio y murieron siete. Por último, recorriendo yo las filas por medio de las balas para hacer cesar el fuego, pude lograr que mis grandes voces se hiciesen oír, y de una y otra parte paró el tiroteo. A poco tiempo se presentaron dos oficiales franceses á entregarme las ratificaciones firmadas; y en consecuencia dispuse retirar la gente á sus puestos, dejando las correspondientes avanzadas.

A la mañana del 28 siguiente, preparada la tropa y paisanaje para entrar y ocupar la plaza y fortalezas, recibí un parte de la villa de Porriño, distante dos leguas, con la noticia de haber salido de Tuy tropa enemiga para refuerzo de la de esta villa, ignorando el número, y que ya se consideraba muy próxima á este punto. En el acto determiné que con la más posible brevedad y sigilo saliesen las tropas del capitán González y parte del paisanaje á su encuentro, ínterin activé la evacuación y embarco de los enemigos, bajo el pretexto de no poder contener el furor del paisanaje. Lo que así se verificó, en número de 46 oficiales y 1.213 hombres, que se hallan embarcados al cargo de los buques de guerra ingleses; por cuya razón y estarse oyendo el tiroteo con el citado refuerzo enemigo, que ya estaba bajo del tiro de cañón de estos castillos, de donde se les hizo fuego, no se pudo ejecutar el reconocimiento de sus equipajes con arreglo á las capitulaciones.

En seguida me informé de que la tropa y paisanaje iba persiguiendo al enemigo, que era en número de 450 hombres, de los que sólo se salvaron en Tuy de 48 á 50, habiéndoles cogido 72 prisioneros, que también están embarcados, y el resto muertos ó heridos.

Me hicieron entrega los enemigos de 117.000 francos y deja-

ron en el castillo de San Sebastián 17 carros cubiertos, vacíos y deteriorados, y varios caballos y mulas muy maltratadas por falta de alimento durante el cerco. Y habiendo acordado después con los comandantes de las fragatas hacer á bordo el reconocimiento de capitulación, se hallaron 19.755 francos, cuya cantidad, con la arriba expresada, fué distribuída entre la tropa y paisanaje que estuvieron en el asedio y rendición.....»

La capitulación estaba concebida en estos términos: «Hoy 27 de Marzo de 1809, á las seis de la tarde, nos Jacobo Antonio Chalot, jefe de escuadrón, comandante de las tropas francesas en la plaza y fuertes de Vigo, por una parte; y por otra, Jacobo Coutts Crawford, capitán de navío, comandante de la fragata inglesa la *Venus*, comisionado por Jorge Mac Kinley, comandante del crucero inglés de Vigo, y D. Pablo Morillo, coronel comandante de las tropas españolas, delante de la misma plaza: hemos contratado la capitulación de la guarnición francesa que se halla en la plaza y fuertes de Vigo, cuyos capítulos son del tenor siguiente:

Artículo 1.º La guarnición saldrá de la plaza y de los fuertes con sus armas y bagajes, y con los honores de la guerra.—*Respuesta.*—La guarnición de Vigo saldrá de los fuertes con los honores de la guerra al glacis, en donde rendirá las armas y quedará prisionera de guerra. A los oficiales se les permitirá llevar su espada y sus uniformes.

Art. 2.º Los oficiales y sus tropas se embarcarán en buques ingleses y serán trasportados al puerto francés más inmediato, bajo palabra de no tomar las armas contra la España y sus aliados hasta después de canjeados ó de hecha la paz.—*Respuesta.*—Los prisioneros serán conducidos á un puerto de Inglaterra.»

Los demás artículos no tienen tanta importancia.

La rendición de una plaza tan fuerte como era entonces la de Vigo, y siempre de tanta importancia estratégica, causó general asombro y resonancia en toda España; porque á la sazón no se hallaba próximo ningún Cuerpo de tropas españolas; la guarnición francesa constaba de un coronel, 45 oficiales y cerca de 1.500 hombres; y los sitiadores carecían de ingenieros, artilleros, etc.

La tenacidad, energía y actividad de Morillo (escribía el capitán inglés Mac Kinley á su jefe el Vicealmirante á bordo de la fragata *Libely*, á la vista de Vigo), el buen orden de sus tropas, lo inequívoco de su celo en la justa causa de la patria y de su legítimo soberano, excedieron á todo encarecimiento, así como el entusiasmo de los paisanos.

Poco después salió también al encuentro del general Mancune, del Cuerpo del mariscal Ney, el «flamante coronel Morillo». Aquél, una vez levantado el bloqueo de Tuy y de haber hecho entrega de algunos convalecientes, retrocedió á Pontevedra y Santiago, no sin tener que rechazar varios ataques de Morillo y García del Barrio, que ya que no podían combatirle de frente, le siguieron muy de cerca en su retirada, quedando así libre de franceses todo el valle del Miño en su parte española.

Libertada la plaza de Vigo, creyóse que fácilmente se recobraría también la de Tuy, adonde acudió también con su gente Morillo, pero las disensiones de Barrio y Tenreiro, presuntuosos y díscolos, malograron la empresa. Los franceses que venían de Santiago arrollaron á la gente de Morillo en el camino de Redondela é incendiaron la villa, metiéndose después parte de ellos en Tuy. Cuando los franceses á las órdenes del general Mancune fueron desbaratados por D. Martín de la Carrera en el campo de la Estrella, metióse primero que nadie en la ciudad de Santiago D. Pablo Morillo, persiguiendo al anemigo muy de cerca y arrojándole á La Coruña. El botín fué inmenso. Cogiéronse allí fusiles y vestuarios y 41 arrobas de plata labrada, sin contar otra mucha de los templos que había sido merodeada por los franceses.

Puesto en camino poco después el mariscal Ney, avanzó contra la división del Miño, animada del mayor entusiasmo. La mandaba entonces en jefe el Conde de Noroña y «tuvo el buen acuerdo de seguir el dictamen de Carrera, de Morillo y de otros jefes que por aquellas partes y antes de su llegada se habían señalado; con lo cual obraron todos muy de concierto (1).

Al aviso de que Ney se aproximaba, cejaron los nuestros á

(1) Toreno.

San Payo, punto donde resolvieron hacerle rostro. Mas cortado anteriormente el puente por Morillo, hubo que formar otro de priesa con barcas y tablazón. Eran los españoles en número de diez mil, cuatro mil sin fusiles, y el 7 de Junio, muy de mañana, acabaron todos de pasar, atajando después y por segunda vez el puente. A las nueve del mismo día aparecieron los franceses en la orilla opuesta y desde luego se rompió de ambos lados vivísimo fuego. Los españoles se aprovecharon de las baterías que antes había levantado D. Pablo Morillo y aun establecieron otras, según se refiere en el parte de las acciones de puente de San Payo, de 7 y 8 de Junio de 1809, dado por el General Conde de Noroña. Condújose Morillo con su tropa en estos combates con la mayor bravura y denuedo, consiguiendo el ejército arrojar á los franceses de los puntos que ocupaban, atravesar el Puente en medio del más horroroso fuego, derrotándolos enteramente y persiguiéndolos en su fuga hasta Turón, impidiendo la noche seguirles más el alcance y ocasionándoles pérdidas considerables en hombres y bagajes.

El badenés Rigén en su *Historia de la guerra de los siete años*, refiere lo siguiente sobre la acción de puente San Payo: Estaban situados los españoles al lado del puente de un pequeño pueblo llamado San Payo, fuertemente sostenidos por cuatro lanchas cañoneras que bombardeaban con gran éxito el flanco derecho de Ney y rechazaban constantemente sus tentativas de pasar á Sotomayor, obligándole por fin á retroceder por el mismo camino que había llevado. El famoso mariscal Ney evacuó las provincias gallegas, y «este fué el primer día de fortuna que lució á España después de cinco meses de desastres.»

Mac Kinley escribía á Morillo en 10 de Junio, 1809, desde la bahía de Vigo: «Señor de mi mayor aprecio: Ahora veo que usted tuvo razón, cuando me decía: «Hoy es día de gloria para mí». Este su dicho se ha verificado en el día, y yo me hallo precisado á confesar que su gloria, aunque sea grande, no excede á lo que se merece. El valor de la tropa demuestra el ingenio de su Jefe; y las pruebas que hemos visto en el combate del puente de San Payo, de buen orden, patriotismo y constancia en

la tropa, me convencen de que debo conservar más que antes la alta opinión que ya había formado del merecimiento de usted, de quien ruego á Dios conservar la vida muchos años para la prosperidad de la patria.»

Las victoriosas empresas militares de Vigo, el puente de San Payo y otras llevadas á cabo por la juventud entusiasta y patriótica que acaudillaba Morillo dieron lugar á la formación del famoso regimiento de infantería apellidado *La Unión*. En el mismo San Payo comenzó á organizarse en tres batallones y un total de 2.000 plazas, el 14 de Abril de 1809, siendo elegido coronel D. Pablo Morillo, quien con toda la oficialidad y tropa asistió á la bendición de la bandera, que ostentaba por emblema del regimiento el puente roto de San Payo, con la custodia, que lo era del reino de Galicia. Los fastos militares de este Cuerpo son tan copiosos en triunfos militares durante toda la guerra de la Independencia y en las campañas del Ejército expedicionario de Costafirme, como eran de todos reconocidos su disciplina, valor y excelente organización. Estuvo siempre á las órdenes de su fundador, así siendo coronel como cuando ascendió á general, siendo uno de los servicios más útiles que éste prestó á su patria.

En el ataque del mariscal Soult, de 19 de Febrero de 1810, y derrota del ejército español «hubo un regimiento que mereció por su conducta de aquel día un premio especial, tan gallardo apareció á los ojos de sus camaradas y á la consideración del Gobierno español. El regimiento de La Unión, conocido desde un año antes por el *León de San Payo*, y mandado por D. Pablo Morillo, el feliz negociador de la reconquista de Vigo, disputó por largo tiempo á Girard el cerro de San Cristóbal, y al retirarse ó huir, como se quiera, el ejército puesto en dispersión, lo hizo también formado en cuadro y rechazando tres veces á la caballería francesa, que parecía haber hecho empeño de romperlo y destrozarlo. Tan gallarda, repetimos, fué su conducta, que llegó casi entero á Elvas, donde recibió los aplausos unánimes de todos los jefes y tropa del ejército, alcanzándole luego un decreto de la Regencia en que se le concedía por recompensa de este hecho de armas un escudo de honor con el lema de «Pre-

mio á La Unión». Morillo fué luego por esta acción ascendido á brigadier.

La división española de Morillo ayudó eficazísimamente á la inglesa de Hill, el general de la mayor confianza de lord Wellington, tanto en Extremadura como en Castilla la Vieja y Vascongadas.

Después de la batalla de Albuera y de haber retrocedido Soult á Sevilla, guardó la derecha algunos días el mariscal Marmont, cuyas espaldas eran á menudo molestadas por partidarios españoles. Quien más inquietó al enemigo hacia aquella parte, fué, según Toreno, D. Pablo Morillo á la cabeza de la segunda división del 5.º ejército, que en vez de maniobrar unida con el Cuerpo principal, campó sola y destacada de acuerdo con el General en jefe. Sorprendió Morillo en Belalcázar al coronel Normant, en el mes de Junio, matándole 48 hombres y cogiéndole 111. Lo mismo hizo en Talarrubias el 1.º de Julio, tomando prisioneros al comandante, 4 oficiales y 149 soldados. Acosado entonces por tres columnas enemigas, sorteó sus movimientos con bien entendidas aunque penosas maniobras, por lo intrincado de la Sierra Morena. Envió salvos al tercer ejército los prisioneros, que cruzaron sin tropiezo todo el país, ocupado por los franceses, y defendiéndose contra los que iban al alcance, revolvió en seguida contra otros que se alojaban en Villanueva del Duque. Escarmentólos el 22, y, combatiendo siempre, entró en Cáceres el 31 y se abrigó de los suyos después de una correría de dos meses, tan feliz como gloriosa.

En la memorable acción de Arroyomolinos obtuvo asimismo Morillo con su división inmarcesibles laureles, contribuyendo eficazmente al sitio y reconquista de Badajoz; y después, con su acostumbrada rapidez y destreza, hizo en Enero de 1812 una excursión por la Mancha, llegando hasta Almagro. Entró el 14 en Ciudad Real, en donde le recibieron los vecinos con gran júbilo, y volvió á Extremadura después de molestar á los franceses, de causarles pérdidas, cogerles algunos prisioneros y alcanzar otras ventajas.

En el movimiento que los aliados ejecutaron hacia el Duero,

Morillo, que con su división venía de Extremadura y acompañaba á la de Hill, pasó con arrogancia y suma destreza los puertos que la dividen de León y de Castilla. De Alba de Tormes echó Morillo á los franceses, cruzando el río con gran valentía, distinguiéndose notablemente los cazadores de La Unión y de Doyle al enseñorearse del puente.

No es posible relatar uno por uno los combates siempre afortunados que sostuvo contra los franceses, ya maniobrando sólo con su regimiento primero y su división después, ya en unión de la inglesa de Hill y de otros Generales españoles. Desde Bailén hasta la batalla de Vitoria, y después durante su estancia en Francia, no cesó un punto de acumular laureles y de contribuir poderosamente á la expulsión de los franceses de su patria.

En la célebre batalla de Vitoria desempeñó Morillo brillante y principal papel. Correspondióle empezar el combate con su división contra la izquierda enemiga, atacando las alturas. Ejecutólo, dice el Conde de Toreno, con gallardía, quedando herido, pero sin abandonar el campo, logrando al fin, reforzado por Hill, arrojar al francés de las cimas.

He aquí de qué manera tan expresiva felicitaba el general Castaños á Morillo por el triunfo alcanzado por éste en la batalla de Vitoria: «Mi estimado amigo: Aunque todas las divisiones deben interesarme, tengo para la primera el interés que es inseparable á quien de poco más que de la nada llega á formar una corporación que proporciona tantos días de gloria á la nación; y usted que es á quien principalmente se le debe, pues que en continuados desastres supo conservar el bien denominado regimiento de La Unión, y que con su talento y maña ha sabido entusiasmar y unir á los Cuerpos que se le han ido agregando. No sé cómo pudo conservar la cabeza al ver esta brillante división distinguirse tanto en la memorable batalla del 21, en la que me dice Girón admitió á las demás del ejército y causó envidia á las de Galicia que nada tuvieron que hacer. Felicito á V. tanto como á mí propio, y encargo con aquel cariño y franqueza que me es más análogo, que todo lo que tiene apariencias de ceremonia, manifieste V. á los Jefes, oficiales y soldados la gloria

que tengo en que la experiencia haya acreditado la seguridad con que hace tiempo dije al Duque de Ciudad Rodrigo, podía contar con esa división para toda empresa arriesgada; y sólo siento que la suerte no me haya tenido á su vista en los momentos en que tan señaladamente contribuyó á la victoria.» Por sus méritos en tan memorable batalla fué Morillo ascendido á Mariscal de campo á propuesta de Wellington por Decreto de 3 de Julio de 1813.

Las tropas de Hill, de que formaban parte las de Morillo, siguieron al ex-Rey José en su huida á Francia, situándose nuestro caudillo cerca de Roncesvalles. Bravamente atacó después Morillo á los franceses en las cercanías de San Juan de Pié de Puerto, arrojándolos de las fuertes posiciones que tenían y obligándolos á acogerse al áspero cerro de Arrocaray. «Las tropas que manda Morillo (escribía Wellington á su Ministro), se han portado notablemente bien en uno de esos ataques del 26, cerca de Macaye, en el cual el enemigo presentó una fuerza mayor de la que se acostumbra.»

No pudo Morillo, pasada ya la frontera francesa, contener y refrenar sus tropas, tanto como quisiera, en punto á pillaje y saqueo: á pesar de lo cual, nunca se desprendió Wellington en esta campaña de la división Morillo. Lo que sucedió fué que los oficiales y soldados de ella recibían en cada correo carta de sus amigos felicitándoles por su buena fortuna de hallarse en Francia y animándolos á aprovechar la ventaja de su situación para hacer fortuna. Así dice Wellington que se lo contó Hill. Lo que escribirían á sus camaradas, sería, según Arteche, que vengasen los robos, atropellos y maldades cometidas por los franceses en su patria. Esto, no obstante, Morillo mantuvo vigorosa y firme la disciplina militar de su aguerrida división en la parte más esencial, á pesar de estar acampada al aire libre en las alturas del Pirineo, en el mes de Diciembre, sufriendo con la mayor resignación el frío, las lluvias torrenciales, la desnudez y lo que es más de asombrar todavía, el hambre más espantosa, cayendo desfallecidos los soldados y oficiales en las mismas filas.

En circunstancias tan crueles é inauditas, Morillo, á la cabeza

de la primera división española del 4.º ejército, acometió con singular bravura los apostaderos enemigos en las faldas del Mor-darín y los repelió, amparando así las maniobras de los ingleses, dirigidas contra los cerros situados detrás de Ainhone, los cuales tomó Hill, arrojando al enemigo vía de Cambo. Pasó luego Morillo el Nive por los vados de la Isleta y Cavarre y se enseñoreó del cerro de Urcurray y otros inmediatos, en los que con tesón quisieron los franceses hacerse firmes. En la batalla de Tolosa peleó también decisiva y vigorosamente en compañía de su amigo Hill.

Sitiando la plaza fuerte de Navarriens se hallaba, imposible de rendir de pronto sin artillería gruesa, de que carecía, cuando recibió orden de suspender las hostilidades á causa de la derrota de Napoleón, de la entrada de los aliados en París el 31 de Marzo de 1814, y de la llegada de Fernando VII á Valencia.

La correspondencia militar de Morillo (1) durante esta guerra presenta, bajo un nuevo aspecto, la de la Independencia. Hasta ahora han sido, por lo general, estudiadas las grandes operaciones militares, las más importantes batallas que, con gloriosas excepciones, perdimos en su mayor parte ó quedó indecisa la victoria. Pero de la guerra en pequeña escala, la de incesantes y continuos encuentros de fuerzas regulares poco numerosas, la de partidas y guerrillas, la de sorpresas, emboscadas y acciones en que solíamos salir casi siempre vencedores por las especiales condiciones de nuestro suelo, de nuestro ejército y de nuestro pueblo, es poco lo que en el día se sabe, con haber tan poderosamente influido en el feliz éxito final. Aparte de los renombrados guerrilleros y de algunas partidas aisladas, sobresalía en esta clase de luchas, capitaneando fuerzas militares vigorosamente organizadas, el esforzado y bizarro coronel del memorable regimiento de infantería de La Unión, D. Pablo Morillo. Sus partes y cartas, escritos casi todos momentos después de una reñida

(1) Está ya muy adelantada la publicación de la Biografía de este caudillo, seguida de rica y copiosa documentación, original é inédita en su mayor parte, que comprende las tres épocas de su vida.

acción, de una atrevida sorpresa, de una rápida y peligrosísima marcha, dando parte á sus Jefes inmediatos de sus sorprendentes hechos de armas, relatados con notable concisión, con el acento sincero de la verdad, henchidos de ardor bélico y de entusiasmo patriótico, cautivan el ánimo y la atención del lector.

El animoso y resuelto estado de los pueblos pequeños; la deslealtad y codicia de algunos de sus caciques y autoridades; la tibieza y el temor de otros; la abnegación y patriotismo de los más de ellos; los angustiosos apuros, ya económicos, ya de alimentación, ya de municiones y otros efectos de guerra, así de los pueblos como de las tropas; el mísero estado de aquellos valientes soldados y oficiales españoles, soportando con la mayor resignación y disciplina la falta de pagas y de vestuario, y la sobra de hambre y de frío; sin tener con qué cubrir sus cuerpos, de pies á cabeza, sino con miserables harapos; efectuando marchas y contramarchas continuas, las más de ellas de noche, atravesando montes, ríos y despeñaderos; toda esta vida accidentada, precaria y de incesantes peligros, se refleja de una manera verídica en los partes y correspondencia del insigne Morillo.

Ni son menos interesantes que ésta, la de sus Jefes los ilustres Generales Marqueses de la Romana y de Monsalud, Castaños, La Carrera, Girón, Wimpffen, Alava, Roselló y Freire, y de los Generales ingleses, secretarios y ayudantes de lord Wellington, Mac Kinley, Hill, Churchil, Bring, O'Lawlor y tantos otros que no es posible citar aquí.

El carácter confidencial y amistoso de algunas de estas cartas contribuye á hacerlas más y más interesantes, por tratarse en ellas cuestiones reservadas, apreciarse y juzgarse hechos y personas de todos conocidos, con más ingenuidad, franqueza y verdad que en los documentos oficiales. Son también estos documentos de inestimable valor histórico para conocer á fondo el espíritu de los pueblos, abatido y decadente en unos; débil y desleal en algunos; animoso y patriótico en los más; para saber las penalidades, latrocinios y atropellos que sufrieron, no sólo por parte de los franceses, sino también por la codicia y crueldad de los titulados Comisarios, partidarios y falsos guerrilleros, que

causaban más daños que aquéllos. Todo, hasta los menores detalles de esta correspondencia, contribuye á esclarecer é ilustrar el glorioso período histórico de la guerra de la Independencia.

Terminada la cual, y apenas había vuelto á España Morillo, fué designado y nombrado General en jefe para mandar el Ejército expedicionario á Costafirme, á fin de contener los progresos de insurrección é independencia de las colonias españolas del centro de América. En 18 de Noviembre de 1814 se le dieron las Instrucciones convenientes, y en 2 de Abril del siguiente año se le confirió el empleo de Teniente general. Seis años permaneció Morillo en aquellos países, conquistando más y más grandes trofeos y laureles que los obtenidos antes en la Península. Colocado en más vasto y grandioso teatro, dotado de las más amplias facultades militares, políticas y administrativas, y seguido de brillante y valeroso ejército que adoraba á su Jefe, fueron sus campañas en aquellos inmensos y lejanos territorios el asombro de España y de toda Europa, que con el mayor interés seguían el curso de sus atrevidas operaciones y de sus repetidas victorias. La conquista de la isla de la Margarita, la de la importante plaza de Cartagena de Indias y de tantas otras, refugio de los rebeldes; el triunfo obtenido en la batalla de la Puerta, donde fué gravísimamente herido, traspasándole una lanza enemiga el vientre de parte á parte; su acertada y prudente conducta así en lo civil como en lo militar, le granjearon la admiración y el aplauso de toda España. Sus campañas en el Virreinato de Santa Fe (dice un escritor contemporáneo), no sólo son superiores á todo encarecimiento, sino que pasarán tal vez por fabulosas algún día. Cuando regresó á la península en Abril del año 1821, sin permitirle el Rey el menor descanso, después de tantos años de guerra sin tregua, fué nombrado Capitán general de Castilla la Nueva en 4 de Mayo, tocándole desempeñar difícil y arriesgado papel en los tumultuosos sucesos de los años 1821 y 1822, pues deseando conciliar los partidos extremos con medios de moderación y de prudencia, sólo consiguió quedar mal quisto de ambos.

Aceptada su dimisión de aquel alto y espinoso cargo en Ma-

drid, después de algún tiempo fué nombrado para el mismo en Galicia, desempeñándolo dos veces, no sin grandes peligros y trabajos, propios de aquellos borrascosos tiempos, dimitiéndolo la segunda el 13 de Abril de 1836, tanto por lo mal que los aires húmedos de Galicia sentaban á su salud, como porque su dignidad de prócer del Reino, con que S. M. le honró, exigía su presencia en la Corte. Alcanzaronle en sus últimos tiempos del Gobierno de Galicia los primeros movimientos de la guerra carlista, mostrándose ardiente partidario de la Reina Cristina, de quien siempre obtuvo favores y distinciones.

Sus padecimientos, que cada día se exarcebaban más y más, no le permitieron apenas ejercer su dignidad de prócer, pues tuvo que ir de nuevo á tomar las aguas medicinales de Bareges, en Francia, donde falleció.

He aquí cómo refiere él mismo, con su habitual sencillez y militar franqueza, los más culminantes sucesos de su vida. Decía así al Rey, desde París en 1.º de Octubre de 1829 (1):

«Señor.—D. Pablo Morillo, Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta, Teniente general de los Reales ejércitos, expone: Que tiene el honor de servir á V. M. treinta y seis años, sin inclusión de los abonos de campaña, en los que *ciento cincuenta combates gloriosos*; cuatro heridas, dos de ellas reputadas mortales por su intensidad, marcan su honrosa carrera, habiendo recibido en ella sus grados desde la clase de subalterno en el campo de batalla. Como General en jefe, y como subalterno, tiene la dicha de haber vencido á los enemigos y jamás haber perdido alguna de cuantas acciones ha mandado en persona. A las órdenes de los Generales Marqués de la Romana, Castaños y lord Wellington ha contribuído por sus maniobras y la buena disciplina de su tropa al feliz suceso de varias, como lo pueden testificar estos últimos y es notorio en todo el ejército. En el año de 1814 su división fué de las primeras á decidirse por los derechos de V. M.; por la lealtad, valor y disciplina de la misma, fué escogida para

(1) Documento ológrafo que se conserva en el Archivo del Ministerio de la Guerra.

formar la base del valiente ejército expedicionario de Costafirme, que mandó por espacio de seis años y medio; con el cual dió tantos días de gloria y tantas muestras de lealtad á su Rey y á su Patria, siendo siempre vencedor de los rebeldes. A la cabeza de su ejército recibió un lanzazo mortal en el hipocondrio izquierdo, que le atraviesa desde el vientre hasta la salida por la espalda, del cual se resiente y sufre todavía; y á pesar de este suceso se sostuvo siempre á caballo, sin quererse retirar á curar hasta que derrotó completamente á los enemigos. Como Jefe del mismo ejército, fué el primero en dar exemplo de desinterés en el percibo de sus sueldos, de los que se le deben sobre cuatro años y montan á la suma de 58.526 pesos fuertes, siendo el único General de los que han mandado en América que se halla en este caso.

Al llegar á aquellos remotos países la noticia de los sucesos de la isla de León, del año 1820, y cambiado el sistema de gobierno de V. M., escribió al Ministro de la Guerra, Marqués de las Amarillas «que semejante sistema de gobierno sería la causa de la pérdida de aquellos dominios de V. M.» y pidió su dimisión, que le fué acordada; y á su vuelta á Europa, en el primer suceso que tuvo aquel valiente y leal ejército, fué vencido por los enemigos, atribuyéndose á la falta del apoyo de su Jefe, á quienes estaban acostumbrados á obedecer, cuyos resultados se han visto realizados por la pérdida de tan hermosas posesiones.

A su vuelta á España fué nombrado Capitán general de Castilla la Nueva, á pesar de haber hecho por tercera vez su dimisión por no recibir tal mando; al que se le obligó para hacer sostener el orden, que mantuvo por espacio de diez y ocho meses, que fueron los del mayor furor revolucionario, y en que estuvo tantas veces expuesta su vida por conservar la preciosa de V. M. y demás personas Reales.

A la entrada del ejército francés admitió el mando de Galicia, donde fué el primero en Julio del año 1823 á declararse abiertamente por los derechos de V. M., apesar de tantos obstáculos que tuvo que vencer y omite el detallar, por las intrigas

del rebelde Quiroga y sus secuaces para asesinarlo, á que estuvo tan espuesto. Que apesar de no haberle querido obedecer en esta empresa la mayor parte de sus tropas, se puso luego en comunicaci3n con S. A. R. el se1or Duque de Angulema, á cuyo ex3rcito se uni3 para batir los constitucionales (sin tratado de capitulaci3n), como lo verific3 arroj3ndolos de Santiago y otros puntos y sorprendi3ndolos en el puente de San Payo á media noche, cuyo punto le era tan conocido por los felices sucesos que all3 hab3a tenido en diferentes ocasiones en la guerra de Bonaparte. En otros puntos fueron tambi3n batidos los constitucionales, por cuyos sucesos, y con el auxilio de una brigada de tropas francesas, que puso á sus3rdenes el General Conde de Bourk, se rindieron las plazas de Vigo y la Coru1a á las tropas de S. M. leales y que el esponente mandaba, sin cuya circunstancia se habr3a alargado m3s y m3s la defensa de los rebeldes, cuyos Jefes y Generales que los mandaban, est3n hoy, sin embargo, restitu3dos en sus empleos. La paz fu3 restitu3da en toda Galicia, apesar de las opiniones tan encontradas de sus habitantes, á quienes merec3a el esponente un alto concepto desde la guerra de la Independencia, y por esta raz3n fueron sumisos en la obediencia.

Por 3ltimo, Se1or, de resultas de estos sucesos, el Gobierno de los Constitucionales, refugiados en C3diz, le destituyeron con ignominia en el mes de Agosto de 1823 de sus honores y empleo.

Despu3s de que S. M. se vi3 restitu3do en el trono y sosegada toda la Espa1a, pidi3 la dimisi3n del mando de la Capitan3a general de Galicia, y solicit3 un Real permiso de S. M. para venir á Francia á consultar sobre su salud quebrantada, con los facultativos de esta capital, cuyo permiso le fu3 concedido por V. M. á principios del a1o 1824, y prorrogado despu3s, haci3ndolo extensivo para Italia, de lo que no ha hecho uso, habiendo permanecido en este reino cur3ndose y aprovechando las estaciones de las aguas de Bares, que tanto han mejorado su salud.

En este pa3s no ha conocido otra autoridad que á los Embajadores de V. M. con quienes ha estado siempre en la mayor

amistad. En este tiempo le fué comunicada la orden de haberle impurificado en primera instancia el Consejo de Guerra de V. M., cuya nueva le sumergió en una profunda melancolía, sin saber á qué atribuir semejante resolución, que parece tan poco conforme á los referidos antecedentes.»

Termina suplicando á S. M. le conserve en su gracia, en sus honores y empleo, ya que tantas fatigas y trabajos ha sufrido para adquirirlos, y de que se veía privado por intrigas de sus adversarios políticos. Implacables éstos en sus odios y rencores, le persiguieron con encarnizamiento hasta los últimos momentos de su vida; y gracias á la bondad de la Reina Gobernadora, que con su claro talento estimó siempre en lo mucho que valían sus merecimientos y grandes servicios pudo obtener á fines de 1836 licencia para atender á su salud, prorrogándosela sucesivamente hasta su muerte, ocurrida en Bareges el día 27 de Julio de 1837.

Acribillado de heridas recibidas en ciento cincuenta acciones de guerra, honrado con dos títulos de Castilla, con la dignidad de prócer, con las grandes cruces de Carlos III, la militar de San Fernando, de Justicia, y de Isabel la Católica, caballero de la de San Hermenegildo, gentilhombre de Cámara de S. M. con ejercicio, condecorado con once cruces de distinción por diferentes batallas, regidor perpetuo de la ciudad de la Coruña, y, en fin, elevado á la alta jerarquía de Teniente general, todo debido á su propio esfuerzo é iniciativa, sin haber recibido instrucción literaria ni militar alguna, sino la adquirida en los campamentos y en la práctica de la guerra, falleció este ilustre caudillo, tan rico en honores, como tan pobre de hacienda, que no se pudo cubrir á su muerte la dote de su mujer, habiendo consagrado toda su vida á la grandeza é independencia de su patria y al servicio leal y desinteresado de su Rey. ¡Ejemplo digno de admiración y de eterna memoria por su elevado patriotismo y sus eminentes virtudes cívicas y militares!

1.º de Mayo de 1908.

A. RODRÍGUEZ VILLA.